

Margarita

Por Mercedes Tesei*

Se levantó temprano. Como siempre, dijo. A las seis, para leer el diario y tomar el mate que prefiere dulce. Esperó que “la doña” se despertara porque no quiso ser él quien la molestará porque sabe que “le cuesta”, “que en estos días está tan confusa que no quiere modificarle sus horarios”. Ni bien escucho su inconfundible voz desde la habitación se incorporó y fue a buscarla, a ayudarla para que se incorpore en la cama.

¿Cómo no se iba a dar cuenta que Margarita lo llamaba? ¿Cómo no iba a reconocer su voz después de 62 años compartidos? ¿Cómo no iba a ir enseguida a su habitación si es capaz de escuchar sus uñas en la pared a cualquier hora de la madrugada como una alarma llamándolo porque necesita algo? ¿Cómo no estar y acompañarla si extraña su codazo a la noche en la espalda? Ese codazo que le daba la tranquilidad de tenerla a su lado...

Y por eso se levantó temprano. Como siempre, dijo. Pero se levantó temprano porque ya no duerme con Margarita, ya no siente su codazo, ya no escucha sus uñas en la pared, ya no reconoce a Margarita... y Margarita ya no lo reconoce a él.

* Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Nacional de La Plata. Tiene un posgrado en Psico-Socio-Oncología por la Universidad del Salvador - Pallium Latinoamérica. Actualmente forma parte de un equipo interdisciplinario en el ámbito de los cuidados paliativos domiciliarios.